

T A R Q U I

General (R) JULIO LONDOÑO

Séame permitido advertir que ninguna de mis palabras puede encerrar la menor ofensa para el Perú, país al cual admiro y quiero porque los años que allí he vivido los cuento entre los mejores de mi vida. En esta exposición me refiero sólo a un episodio que desde el punto de vista peruano fue un desventurado momento histórico. Pero la historia militar de todos los países ha tenido sus entreactos de desventura.

Tarqui es una palabra extraña cuyo significado fugitivo ha llevado a los técnicos de la semántica en busca de su sentido que han creído encontrar en la tribu Tuareg cuyo plural es Tarqui, que es la más extraña, sorprendente y peculiar del no muy justamente llamado continente negro.

Paralelamente a esta rareza, Tarqui nos recuerda una de las acciones guerreras de la "Gran Colombia" que tiene raíces profundas y amargas, a pesar de que son más amargas que profundas. Cuando en 1825 se formó con el Alto Perú la República de Bolivia, región a la cual el Perú creía tener derecho absoluto, empezó en el alma peruana el deseo de recuperarla para integrar su inmenso territorio. Sentía entonces el Perú cómo es de duro para un país pasar de las áreas mayores a las menores, porque la extensión territorial era ayer como es hoy uno de los más importantes atributos de un Estado, es decir, comprendía que "el espacio es destino".

Al deslindar la nueva República el Mariscal Sucre la extendió hasta el Pacífico y escogió en el sitio denominado Cobjas, lugar para un amplio puerto que debía llamarse Lamar como homenaje a uno de sus subalternos de Ayacucho, su compañero y amigo el General José Lamar. Todo gran país, pen-

saba Sucre suele tener un gran puerto que debe llevar el nombre de un gran hombre *Ironías del Destino*. Cuando el Mariscal diseñó para el Libertador el puerto de la nueva República y su denominación por la admiración que merecía uno de los que ayudaron a sellar la independencia de América, Bolívar felicitó a Sucre por su decisión. . . *Argucias del azar*.

Para mantener la integridad de Bolivia se situaron en ella tropas colombianas que un día, dominadas por la insidia, se levantaron contra Sucre, su Presidente. En la revuelta lo hirieron en el brazo derecho. Por vez primera derramaron la sangre de Abel como más tarde debería decir el Libertador.

Una vez que Sucre se retiró de la Presidencia de Bolivia, el Perú decidió atacar a Bolivia sin respetar las tropas colombianas. Conocido el hecho por el gobierno de Colombia comenzó a considerar como inevitable, un rompimiento entre Colombia y Perú. Ya empezaron a hacerse vaticinios sangrientos.

El ambiente se iba haciendo cada vez más propicio a esa desmembración; mientras el Libertador estuvo en Lima, aceptó el título de Dictador Supremo y fue expedida la Constitución Vitalicia. La oligarquía limeña no estuvo de acuerdo con las nuevas normas y poco a poco el pueblo empezó a pensar como la oligarquía, Bolívar estaba colocado entre el agresivo y el solapado españolismo de Riva Agüero y el hechizo de la belleza de Lima, pero en política a la larga el azar triunfa sobre el embrujo. Las llamadas urgentes de Santander lo obligaron a dejar a Lima y regresar a Bogotá. En 1827, después de su partida se insubordinaron las tropas colombianas que se hallaban de guarnición en la Capital a órdenes del Coronel José María Bustamante. Los sublevados negaron su obediencia al Gobierno establecido y pidieron el perpetuo extrañamiento de Bolívar.

Se sumaba a este hecho increíble la desastrosa situación de Colombia: La política interna era un combate; la exterior un agravio de Argentina y Chile que creían que la Confederación de los Andes dominaría por completo la América del Sur. La economía Nacional era un infortunio; y la vida una angustia. El mismo Vicepresidente Santander se lo había manifestado al Coronel Bustamante Director de la insurrección cuando le increpaba su traición. "La división —le decía— sublevada en Lima, soy de opinión que se pierde enteramente o disminuye

notablemente su fuerza, sea porque se la mande volver a Colombia, sea porque se le ordene permanecer en el Perú. Si se dispone lo primero, querrán quedarse en gran parte los Oficiales ya por la gran desconfianza que han de tener después de lo hecho, ya por las malas noticias que tienen del estado miserable de Colombia, y ya, en fin, por las muchas y muy halagüeñas relaciones que el tiempo les ha hecho contraer en el Perú. Me confirma esta opinión mía el saber que los Oficiales no quieren volver y que los que en Colombia han sido licenciados han regresado al Perú. La tropa misma, aunque ama por instinto su patria, quiere permanecer también en Perú por las mismas razones que he expuesto y porque los soldados encuentran unos jornales crecidos cuando desertan y quieren trabajar en las haciendas, para lo cual son rogados”.

En 1827, sube al poder el General José La Mar, héroe de Junín y Ayacucho y ya en el poder, celoso de la grandeza de Bolívar, sueña con una desmesurada extensión para el país. Pero el sueño le perturba el espíritu. Las posibilidades de su espejismo aparecen acicateadas por el hecho de que los Coroneles colombianos López y Oando se han sublevado contra Bolívar en el Sur de Colombia y buscan contacto con el Perú para una mutua ayuda en la coronación de sus empresas. Este panorama difuso de la situación colombiana movió a La Mar a hacer sus planes. Necesitaba adueñarse de las tres provincias meridionales del país del Norte para acrecentar la propia superficie. Serían definitivamente peruanas las provincias de Jean de Bracamoros y Mainas cuya propiedad discutían Colombia y Perú desde hacía muchos años. Al Occidente se adueñaría de la Provincia de Guayaquil y hacia el centro él mismo conquistaría las Provincias de Loja y el Oro, para darle una fértil extremidad al desierto peruano.

Ordenó a la Armada que se posesionara del Distrito de Guayaquil y a los pocos días la ciudad, sin medios de defensa, tuvo que entregarse. La presencia de diputados al Congreso peruano que él acababa de llamar, conformaría la propiedad de Jaen y Mainas. Y el Presidente en persona, con un Ejército de 8.000 hombres marchó directamente al Norte. Avanzaba la columna interminable por la desértica costa peruana dejando sus huellas en el arenoso litoral: Tan larga a la venida, tan corta al regreso!!! Atravesó las fronteras y llegó a Loja, su tierra

natal. La Mar era ecuatoriano. Los lojanos no comprendían bien si aquél guerrero llegaba a su patria como benefactor o como dominador. Esa perplejidad facilitó la conquista. La situación era propicia para lanzar al viento sus proclamas cuyas copias repartía profusamente. Toda arenga de un Jefe que conduce una Campaña puede ser agresiva o dura, pero no puede estar exenta de grandeza, sólo aquellas llevaban el sello de una pequeñez desconcertante. En ellas quitaba a Bolívar todos sus títulos y aplaudía con fervor la conducta de los conspiradores del 25 de septiembre de 1828. Nada se ha visto en un conductor de tropas americano tan rudo, tan descortés, tan descomedido como aquellas comunicaciones. Eran ellas una concreción de envidia, de celos, de rencor y de resentimiento. En medio de su inexplicable soberbia a menudo repetía que marchaba a atacar “un Ejército de miserables” “El orgullo precede a la caída”, dice O’Neil. Bolívar declaró la guerra al Perú con autorización del Consejo de Estado el cual opinaba que aunque la guerra era justa debían ponerse todos los medios para obtener una satisfacción adecuada antes de llegar a una guerra a fondo. Y esta idea dominaba al Libertador y así la expresaba a la opinión pública. “El gobierno de Colombia —son sus palabras— emprende contra su voluntad esta guerra; no quiere una victoria bañada con sangre de americanos; evitará el combate mientras fuere posible y estará siempre dispuesto a oír proposiciones de paz confiables con el honor y el decoro de la Nación que preside”.

Nombró Bolívar al Mariscal Sucre como Jefe supremo del Ejército y de los Departamentos del Sur. La tropa, unos 4.000 veteranos, se pusieron en manos del Coronel Juan José Flores quien estaba ansioso de elevar su grado a cambio de hazañas heroicas.

El Mariscal se trasladó a Cuenca y desde allí envió a La Mar una propuesta de armisticio a la cual contestó de una manera despectiva. Pero Sucre, siguiendo las indicaciones del Libertador, continuó escribiendo de nuevo al Jefe peruano ofreciéndole una paz honrosa para los dos contendores. Por fin La Mar aceptó que se nombraran negociadores pero las exigencias peruanas eran de tal magnitud que estaban fuera de la realidad, y mientras los Negociadores colombianos trataban de llegar a un acuerdo, ladinamente La Mar ordenó al General Jiménez que desviara la vanguardia hacia la izquierda para llegar al

pueblito de Saraguro y desde allí romper el flanco de las tropas colombianas. El éxito de la operación era tan seguro que el Presidente acompañaba la división para presenciar la victoria. Pero el exceso de confianza sigue al peligro como un perro fiel. Sucre creyó que tras esa vanguardia vendrían otras tropas peruanas y ordenó al General Flores que se lanzara decididamente al ataque. Flores designó dos compañías, entre ellas una de granaderos, para que marcharan adelante. Como seguridad iba una descubierta de veinte hombres. La noche era completamente oscura y de repente los veinte soldados delanteros tropezaron con la división peruana instalada en la plaza, y abrieron fuego. El pasmo fue tan grande que los sorprendidos creyeron que se trataba de todo el Ejército de Colombia y decidieron huir dejando en su marcha precipitada armamento, municiones y muchos elementos de guerra. A la mañana, los colombianos iniciaron la persecución y lograron hacer más prisioneros y recoger más elementos de guerra. La Mar estuvo a punto de caer prisionero. Las tropas peruanas se retiraron hacia Girón en donde se hallaba el grueso de sus Unidades.

Sucre resolvió reunir todas sus tropas y atacar a los peruanos; pero una tormenta le impidió hacerlo y tuvo que detenerse en la planicie frente a Tarqui. Los dos contendores quedaron entonces separados por una estribación o nudo como allá se dice, que une dos cordilleras paralelas y que tiene en su parte central una profunda y estrecha cortadura llamada *El Portete* por donde va el camino real que une la planicie donde se encuentra Sucre, con Girón, en donde se encuentra La Mar. Esta estabilización se sucede el 26 de febrero de 1829. El Portete ostenta a partir del talud que da al Norte un bosque espeso y hacia el Sur una formación rocosa de difícil acceso. En la noche del 26, el General peruano Plaza ocupa los flancos del Portete y trabaja febrilmente por establecer una defensa tenaz que permitirá agotar a los colombianos que la asalten para pasar luego al ataque y acabar con los fatigados enemigos.

En la mañana del 27, desde sus fortificaciones situadas en las alturas, rompen el fuego contra los colombianos. Sucre envía hacia el enemigo dos fuertes agrupaciones a cada lado del Portete y conserva en sus manos el grueso de sus tropas. Fuertes Unidades peruanas cometen la locura de marchar por la profunda depresión hacia la llanura en busca de las tropas del

Mariscal, más apenas pretenden desplegarse frente a la entrada, son aniquiladas por las tropas colombianas. La mortalidad es espantosa, pero a pesar de ello las Unidades que vienen atrás empujan a las de adelante sin conocer la suerte que les espera. Mientras tanto los colombianos atacan furiosamente las posiciones adversarias y el enemigo empieza a ceder. De repente La Mar aparece en las líneas de sus soldados con tropas frescas pero ya había comenzado lo que Napoleón llamaba "el acontecimiento" ese sentimiento de derrota que empieza a convertirse en acción y ya nada puede hacerse. La Mar tiene que retirarse cada vez más apresuradamente. Al llegar a Girón tropas frescas que llegaban se ven arrastradas por la derrota, derrota que tiene características de catástrofe. La batalla dura menos, 2½ horas. El Perú ha perdido 2.500 hombres entre muertos y heridos. Colombia pierde 250. Pocas veces se ve el caso de que un Ejército triunfe sobre otro con efectivos dobles. Ahora se ha visto sobradamente el prodigio.

Sucre tiene en sus manos la posibilidad de hacer en el enemigo que huye, una carnicería ilimitada. Pero en vez de esto decide hacer la paz. El Mariscal es la primera espada del continente, la primer concepción estratégica de América. Pero ahora la diplomacia va a tomar el puesto de la estrategia y ya el trono del Mariscal es menos alto. Es un terreno en el cual los métodos son más lentos y suaves, las metas menos exactas y más lejanas. Además, es lógico que hombres de la gran rectitud de Sucre, crean más fácilmente en los engaños que los caracteres ondulados de los negociadores hábiles. En estos momentos la idea del Mariscal es la de hacer una paz sin desdoro tanto para el vencedor como para el vencido. Envía a todo correr emisarios que anuncien al enemigo que huye, que desea hacer con él un tratado de paz que no lo deshonor. La Mar, puede hacer ahora su marcha más reposadamente. Su contestación no tiene la acostumbrada altanería y envía unos representantes que comienzan la reunión de una manera increíble: Piden que toda la Provincia de Guayaquil le sea entregada al Perú y que Colombia pague los gastos de la campaña. Se les hizo ver la situación en que se hallaban sus tropas y se logró hacerlos más modestos; el 1º de marzo se firmó el "tratado preliminar de paz entre la República de Colombia y la República del Perú". Girón, 1º de marzo de 1829.

Sucre dispone que se erija un monumento en el sitio mismo de la batalla, en el cual además de los nombres de los comandantes y de sus Unidades haya una leyenda que recuerde la victoria. El monumento levantado frente al Portete es un obelisco de piedras blancas oscurecidas por el tiempo. En una de sus caras hay una placa de bronce que lleva los nombres de los principales Jefes militares y en la opuesta se lee en otra placa la siguiente inscripción: *El Ejército peruano de ocho mil hombres que invadieron la tierra de sus libertadores fueron vencidos por cuatro mil bravos de Colombia el 27 de febrero de mil ochocientos veintinueve.* Estas palabras despertaron en La Mar una ira mayor que la producida por la derrota.

Agudas críticas y encendidas defensas se han hecho con relación al tratado. La primera observación es la de que Colombia no tenía medio alguno que le garantizara que el Gobierno del Perú, vencido y humillado habría de dar cumplimiento al convenio. Pero se dice en contra de esto que Sucre no podía invadir al Perú de acuerdo con las órdenes del Libertador y que tenía que atenerse a la buena fe del vencido.

El Artículo del Tratado establecía el nombramiento de una comisión para que fijara claramente los límites entre los dos países tomando como base la división política existente en 1809, siendo permitido hacer en los territorios no muy extensos cambios en donde se pudiera presentar algún inconveniente por defectos de la citada demarcación. Pero había dos antecedentes que inducían a creer en la dificultad que ofrecía el cumplimiento de este artículo. En primer lugar las fronteras trazadas como definitivas en el tratado de San Ildefonso de 1777 —que eran las mismas que existían— habían sido fijadas sobre croquis de colonizadores los cuales la mayoría de las veces carecían de exactitud y demás, en el congreso de Panamá, el Perú había manifestado que por ninguna circunstancia el Gobierno peruano trataría con Colombia nada referente a fronteras. Pero sin embargo, era necesario fijar un límite preciso entre los dos Estados.

El Artículo 3º, imponía al Perú, —un país en una espantosa bancarrota— la obligación de cancelar de inmediato la cuenta correspondiente a dineros, armas y otros elementos que había prestado Colombia al Perú para que pudiera arrojar a los españoles de su territorio. Finalmente otro ar-

título fijaba exactamente a los dos países el número igual de tropas que podían mantener en sus fronteras comunes.

Después de firmado el tratado por los dos Directores de operaciones, Sucre y La Mar, éste marchó a Lima e inmediatamente que llegó, todavía como Presidente afirmó que el Perú no tenía manera de dar cumplimiento al Tratado o hacer arreglo alguno con Colombia.

Pero el orgullo del pueblo peruano estaba justamente herido y depuso a La Mar y le ordenó su inmediato abandono del suelo peruano. El arrogante presidente de ayer se vió obligado a pedir asilo en otro país y mientras tanto el nuevo Gobierno del Perú prometió reconocer el Tratado provisional y cuando el Libertador llegaba a Guayaquil para recobrar la soberanía de la Provincia ese Gobierno ordenó a la Armada peruana hacer inmediata entrega de ella.

El armisticio definitivo entre los dos países se firmó en Guayaquil el 22 de septiembre de 1829. En el nuevo tratado intervinieron hábiles negociadores como don Pedro Gual; se reconocieron algunas de las condiciones suscritas en convenio de Girón. Se fijaron plazos para el cumplimiento de las diversas cláusulas y con relación a las fronteras se señalaron algunos trazos fundamentales. Quizás lo más importante de todo era lo que quedaba escrito en el Artículo 19 que dice:

“Antes de ocurrir a una tercera potencia, sobre alguno o algunos de los Artículos contenidos en el presente Tratado, o para el arreglo de sus diferencias emplearán los dos países todos aquellos medios de conciliación y avenimiento propios de dos Naciones vecinas unidas por vínculos de sangre y las relaciones más íntimas y estrechas”.

Estas palabras —señor Presidente— pueden considerarse como el punto final del episodio de Tarqui.